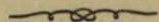


por una fatalidad que nunca lamentará lo bastante el Perú, la salud del Sr. Cisneros se encuentra desde hace muchos meses quebrantada por tal manera que no ha podido el inspirado poeta realizar ninguno de los proyectos literarios que acariciaba. Hizo un viaje á Europa poco tiempo há, sin lograr gran mejoría.

¡Quiera el cielo conservar, como lo deseamos, la existencia de un ciudadano en quien la América Latina ve á uno de sus hijos más preclaros!



JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

CUANDO llegó á México, há menos de un año, el Excmo. Sr. Dr. D. Ramón Mendoza, primer representante diplomático que la opulenta República Argentina ha acreditado cerca de nuestro Gobierno, trajo consigo algunos ejemplares de un magnífico poema escrito por el Sr. D. Juan Zorrilla de San Martín, é intitulado *Tabaré*. En breve aquellos ejemplares, distribuidos por el Sr. Mendoza entre varios escritores y poetas mexicanos, formaron la delicia no solamente de los que alcanzaron la envidiable fortuna de recibir tan valioso don,

sino de cuantos lograron que los poseedores se los facilitasen. Anduvieron de mano en mano, y el nombre del autor se hizo popular en la familia literaria primero, y después en los hogares, en donde quiera. Libros de los que se han hecho ediciones numerosas, han sido menos leídos seguramente que el *Tabaré*, por todos solicitado, de todos aplaudido, y, cosa no común en nuestros anales periodísticos, el poema fué estudiado, y fueron encomiadas sus bellezas, y reproducidos muchos de sus pasajes más brillantes.

Como es indiscutible que nada más que al verdadero mérito es dado imponerse, lógico es deducir de lo expuesto, que el poema del Sr. Zorrilla de San Martín es obra de un talento superior, y obra destinada á cimentar una fama, á inmortalizar un nombre. Y así es, en verdad: *Tabaré* en la historia de las letras hispano-americanas ocupará un lugar eminente, no sólo porque los pensamientos grandiosos que encierra han sido vaciados en moldes que no son los que consagrara el genio en el Viejo Mundo, y de los que se sirven, aún hoy día, cuantos acometen la ardua empresa de cantar grandes epopeyas, sino porque en él se respira, acaso mejor que en otro alguno, cierto penetrante perfume de tierra americana, y se contemplan cuadros bañados por la luz purísima de nuestro cielo, y se siente que palpita allí la vida que nuestros progenitores alentaron.

Cúpome en suerte ser uno de los primeros que en México encontraron solaz y deleite con la lectura del *Tabaré*, y antes que otros, habría expresado mi sentir

acerca de él,—juicio desautorizado como mío; pero sincero como el que más,—si causas diversas no me hubieran privado de tan útil estudio como sabroso entretenimiento. Fué la primera y principal de esas causas el vivo anhelo que tenía de que ingenios peritísimos fuesen los popularizadores del poema. Porque aunque no se me ocultaba que la obra no había menester de recomendaciones, temía, y no sin razón, que partiendo de mí el primer elogio, fuese atribuído éste á la ya bien conocida tendencia de mis escritos, dirigida de continuo á generalizar en México la afición á la lectura de obras sud-americanas. Quise, pues, encomendar á plumas doctas la labor que de buen grado habría acometido, y puse el *Tabaré* en manos por extremo competentes. Mas como no siempre va unida á una clara inteligencia y á una erudición profunda la voluntad de enaltecer ajenas glorias, ví frustradas mis esperanzas: de los literatos á quienes dí á conocer el poema del inspirado cantor uruguayo, uno solo, el Sr. D. Guillermo Prieto, lo encomió por escrito; los demás se conformaron con manifestarme privadamente que estaban por cima de todo encomio las bellezas del *Tabaré*.

Vinieron después artículos entusiastas, transcripciones de centenares de estrofas, mosaicos formados con las más fulgentes galas del poema, y entonces, como dicho queda al principio, el nombre de Zorrilla de San Martín fué ensalzado de un extremo á otro de la República. Estaba ya roto el hielo de la indiferencia con que las más de las veces son acogidas entre nosotros las inspiraciones del genio, si éste brilla en el Nuevo Con-

tinente, y se expresa en el habla de Calderón y de Cervantes.

A llenar el único vacío que se notaba, presentóse, valga decirlo así, una de las *Cartas Americanas* del egregio autor de *Pepita Jiménez*. Me explicaré.

Existe en México un grupo, numeroso por cierto, de cultivadores de las letras y de sectarios de ellos, que necesita saber, —para admitir por buena una obra,— que el mérito de ella hubiese sido reconocido por una celebridad española. Sin esa sanción los que tal grupo forman se encierran en prudentísima reserva, cuando no se aventuran á declarar *ex-cátedra* que es insubstancial y baladí lo que aplauden y admiran otros sin haber escuchado á los grandes, á los verdaderos maestros. Así, pues, desde que, de oídas, se supo que D. Juan Valera es admirador devotísimo de Zorrilla de San Martín, al coro de alabanzas de la juventud entusiasta, y al elogio de Guillermo Prieto, unióse la nota encomiástica de los que esperaban que desde la trípode hablase la pitonisa, digo, el académico.

En tal sazón, habría parecido redundante un juicio crítico del *Tabaré*. He ahí por qué, quien con más fervor habría tributado sus homenajes al bardo del Uruguay, viene hoy, á última hora, puede decirse, á hablar, no tanto del poema, como de su ya ilustre autor.

Corta es la biografía de Zorrilla de San Martín. Qui-so el destino caprichoso que la celebridad llamase á su puerta y le condujese por senda de flores á la cumbre á que se llega con la planta ensangrentada por los abrojos de la áspera pendiente. El verde laurel, por privi-

legio rara vez concedido, se entreteje en esta ocasión con cabellos de ébano y no con los plateados hilos en que reverbera, ya poniente, el sol, como en la nevada cima de nuestras montañas.

Nació en 1857, en la ciudad de Montevideo, capital del Uruguay, bella como el ensueño del poeta, cautivadora como Sirenusa.

Sus primeros estudios los hizo en el Colegio de P.P. Jesuitas, de la Provincia de Santa Fe en la República Argentina, y completó su instrucción en la Universidad de Santiago de Chile, recibíendose de doctor en leyes, en 1877, es decir, á los veinte años de su edad.

Sin que haya necesidad de decirlo, se comprende que á los maestros de Zorrilla de San Martín, jesuitas como eran, no se les ocultó que estaba predestinado á la gloria, toda vez que el cielo le había dotado de clarísima inteligencia; y se comprende también que aquellos maestros perspicaces no desaprovecharon la oportunidad que se les presentaba para imbuir en sus principios á un joven que más tarde podría convertirse ya que no en un *hermano*, sí al menos en un defensor celoso de las doctrinas con que su espíritu se hubiese nutrido.

Con efecto, Zorrilla de San Martín es adepto del partido conservador uruguayo, que ve en él á uno de los campeones que más le honran, y que, de consiguiente, le son más útiles. Su lira de poeta y su pluma de periodista han prestado un contingente valiosísimo á ese partido.

En 1874 se dió á conocer como poeta, con la publi-

cación de la leyenda intitulada *Ituzaingó*. Dos años después, apareció en Santiago de Chile su libro de poesías: *Notas de un Himno*, las cuales *Notas* son el fulgurante reflejo de sus sentimientos religiosos. Ese libro fué loado grandemente en un juicio crítico del *Estandarte Católico*. También colaboró en la *Estrella de Chile*.

Al regresar en 1878 á la ciudad nativa, fundó Zorrilla de San Martín el diario católico *El Bien Público*.

Antes de proseguir, debo, en previsión de erradas interpretaciones, explicar, sin tener que ocurrir á artificiosas disculpas, las razones en que me fundo para tributar homenajes á escritores y poetas de tan disímolas ideas, como Ricardo Palma ó Guillermo Matta y Juan Zorrilla de San Martín.

No es esta una obra de controversia ni mucho menos. Admirador del talento, ríndole pleito homenaje, en quien quiera que le descubra, sin que éntre por mucho ni por poco en la apreciación de las dotes de cada uno, el espíritu de secta que tan fácilmente conduce á la injusticia y al error. Nada hay más sagrado que la conciencia, nada más respetable que sus manifestaciones cuando son sinceras, cuando no obedecen á torpe utilitarismo; como no hay nada más despreciable que la conducta farisaica de los explotadores de los creyentes cándidos.

Zorrilla de San Martín, educado con esmero en la escuela católica, tenía que ser esforzado paladín de los dogmas político-religiosos de esa escuela, y lo ha sido recibiendo los plácemes de sus correligionarios y la aprobación del Supremo Jerarca romano. Pero Zorri-

lla de San Martín no se parece á aquellos de su misma comunión que existen en México, para quienes el ser conservador trae aparejado el ser enemigo irreconciliable de los que profesan el culto de la patria libre, el ser difamador de los héroes de 1810, porque fueron los que al destruir el antiguo régimen abrieron los cimientos del grandioso y perdurable monumento de la ley que garantiza al ciudadano la libre manifestación de sus ideas, cualesquiera que sean.

Zorrilla de San Martín, el autor del canto á *Ituzaingó* y de la *Leyenda Patria*, eleva en cada nota de su lira homérica un himno á los próceres ilustres que emanciparon al Sud. Diríase que en cada estrofa suya, arde, como en cincelada ánfora de oro, el incienso purísimo con que los corazones que alientan gratitud perfuman el santuario en que duermen el sueño de la inmortalidad los padres de la patria. Si Olmedo, en canto que no ha de morir, celebró la *Victoria de Junin*, el bardo uruguayo, en los que acabamos de citar, perpetuó, mejor que en mármoles y bronces, las glorias del suelo que á orgullo tiene el contarle entre sus hijos.

La *Leyenda Patria*, escrita en 1879, fué la que me dió á conocer á Zorrilla de San Martín como poeta de altísimo numen. Por eso cuando su *Tabaré* apareció en México, y como que vino á revelar la existencia de un gran poeta sud-americano á la inmensa mayoría de los amantes de las letras, no solamente ardí en deseos de leer el poema, sino que temí—debo confesarlo,—que no hubiese sido dado al autor producir una obra capaz de soportar un paralelo con la que la ha-

bía precedido. Tan elevada idea tenía yo de la *Leyenda Patria*.

Todavía hoy, á pesar de las incontables bellezas que se admiran en *Tabaré*, á pesar de la magnificencia de sus descripciones, del tinte melancólico y apacible que baña esas páginas llenas de poesía y de misterioso encanto, abrigo la idea de que la *Leyenda Patria* conserva la supremacía entre las producciones de Zorrilla de San Martín. ¿Será tal vez porque á mi espíritu se impone con incontrastable poderío la deificación de los libertadores? ¿Será porque la grandiosidad de la epopeya es la que mejor cuadra á la musa del cantor uruguayo? Acaso por ambos motivos permanece arraigada en mí la idea que antes apunté; mas como quiera que sea, en nada amengua la fama del autor de una y otra.

Escuchad el prelude de ese canto:

“Es la voz de la patria..... Pide gloria.....

Yo obedezco esa voz. A su llamado
siento en el alma abiertos
los sepulcros que pueblan mi memoria,
y, en el sudario envueltos de la historia,
se levantan sus muertos.

Uno de ellos, recuerdo pavoroso
de un lustro triste, se levanta impuro,
como visión que en un insomnio brota
del fondo nebuloso,
á la voz de un conjuro, y su flotante
negra veste talar mi frente azota.

¡Lustro de maldición, lustro sombrío!
Noche de esclavitud, de amargas horas,
sin perfumes, sin cantos, sin auroras,
vaga en la margen del paterno río.

“De los llorosos sáuces
que el *Uruguay* retrata en su corriente,
cuelgan las arpas mudas;
ay! las arpas que ayer, en himno ardiente,
vibraron, al rodar sobre sus cuerdas
las auras de las *Piedras* y el *Cerrito*.
Hoy la mano del cierzo deja en ellas
el flébil son de tímidas querellas.

“Apenas si un recuerdo luminoso
de un tiempo no distante,
de un tiempo asaz glorioso,
tímido nace entre la sombra errante
para entre ella morir; como esas llamas
que alumbrando la faz de los sepulcros,
lívidas un instante fosforecen;
como esos lirios entre el musgo abiertos,
desmayados suspiros de los muertos,
que entre las grietas de las tumbas crecen.

“La fuerte ciudadela,
baluarte del que fué Montevideo,
desnuda ya del generoso arreo
entre las sombras vela
el verde airón de su imperial señora,
que, en sus almenas al batir el aire,
encarna macilenta
la sombra vil de la paterna afrenta.

“Todo mudo en redor..... campos, ciudades.....
todo apenas se agita,
y del pecho en las negras soledades
el patrio corazón ya no palpita.”

El poeta, ardiendo en ira sacrosanta, apostrofa al pueblo, recuérdale sus pasadas glorias, y le pide que se levante valiente, que se levante á reinar,

“porque de rey tiene
el corazón y la guerrera frente.”

Y, como obedeciendo el mandato de un dios, surge la aurora de redención, é iluminados por sus fúlgidos arreboles aparecen LOS TREINTA Y TRES HÉROES que liberarán á la patria.

“Hélos allí.....

Con ademán sañudo,
cárdeno el labio y la pupila ardiente,
de batallar el acerado escudo
embrazan sin temblar; ciñen la frente
con el pesado casco del guerrero,
y altivo un reto lanzan
que se estrella en el rostro del tirano;
que cabalga los aires,
y rueda, y se dilata, y se desborda,
como de ruina y destrucción sedienta,
embozada en su parda vestidura,
lleva sobre sus hombros la tormenta
la voz de Dios. Clavada en la llanura,
del nuevo Sinaí sobre la espalda,
cual león que sacude la melena,
azota el aire y estremece el asta
el pabellón de LIBERTAD ó MUERTE
que el aire agita de presagios llena.

Vibrando está en los labios
el santo juramento
de MUERTE ó LIBERTAD, firme, grandioso,
que da á los hombres de virtud ejemplo
y se esparce solemne y poderoso,
cual se difunde el salmo religioso
por las desiertas bóvedas del templo.”

Ve á los bravos campeones, reconoce en ellos á los
que arrancan de la amarga noche la libre aurora del eterno día, míralos aprestarse al combate, los sigue á los fragosos campos de la Florida, los acompaña á Sarandí, entona el himno de la victoria, y va con ellos á Itu-

zaingó para presenciar la consumación de la gloriosa epopeya, y exclama:

“Todo acabó..... Ya el mundo
firme al novel batallador escucha
dictar sus leyes y escribir su historia,
y al solio de los pueblos lo levanta,
que, aún cubierto del polvo de la lucha,
trepa el guerrero con serena planta.”

Hijo de nuestro siglo, del siglo de la ciencia y del trabajo, Zorrilla de San Martín una vez consumada la *Legenda Patria*, pide que á la sombra de los laureles conquistados el pueblo uruguayo

“Rompa el arado, de la madre tierra
el seno en que rebosa
la mies temprana en la dorada espiga,
y la siega abundosa
corone del labriego la fatiga.
Cante el yunque los salmos del trabajo,
muera el cincel el alma de la roca,
del arte inoculándole el aliento,
y en el riel de la idea electrizado
muera el espacio y vibre el pensamiento.
En las viriles arpas de tus bardos
palpiten las paternas tradiciones
y despierten las tumbas á sus muertos
á escuchar el honor de las canciones,
y siempre piensa que en tu heroico suelo
no mide un palmo que el valor no emane:
pisas tumbas de héroes.....
¡Ay del que las profane!
Protege ¡oh Dios! la tumba de los libres;
protege á nuestra patria independiente
que inclina á Tí tan sólo,
sólo ante Tí la coronada frente!

Así termina la inspirada leyenda, lauro inmarcesible colocado por el gran poeta uruguayo sobre la tumba de los libertadores, canto del que apenas tendrá vaga idea quien no lo conozca sino por el rapidísimo extracto que de él acabamos de hacer. Empero los pasajes transcritos dan la medida de la robusta entonación del canto y del patriótico fuego que en todo él se respira.

Diez años después que la *Leyenda Patria*, apareció *Tabaré* que es la producción que ha llevado á Europa, y traído á México en alas de ruidosa fama el nombre de Zorrilla de San Martín, como dicho queda al comenzar este capítulo.

Sucede con *Tabaré* algo que no acontece á menudo. Quien lee el poema sin conocer juicio alguno acerca de él, halla indefinible encanto, bellezas no contempladas antes, sentidas es cierto pero no revestidas de formas por tal extremo seductoras, no expresadas así, ni por él ni por sus autores predilectos; y si después de la lectura llegan á sus oídos las apreciaciones de los críticos y el elogio de determinados pasajes, encuentra que esas apreciaciones son frías y que en la elección de las citas podía haber habido mayor acierto. Cuando, por el contrario, se tenía ya noticia de *Tabaré* y se había despertado el deseo de conocerlo en toda su extensión, sin ser pretencioso el lector se imagina que el crítico no llegó á abarcar todos los puntos de vista que la obra ofrece. Por manera que lejos de sobreponerse en el ánimo el pensamiento del literato, lejos de que el análisis perjudique al poeta, éste ejerce sin traba ni restricción su dominio poderoso, el dominio del génio; yugo

blando, yugo de flores que nadie puede ni intenta sacudir.

He ahí en lo que fundamos nuestra predilección por *Tabaré*. No es que nos avasalle la vaga armonía de sus estrofas; no es que creamos que la poesía americana exija en sus manifestaciones la descripción del suelo para ser original, para encerrar, digámoslo así, el alma del nuevo mundo. Es ocioso, y más que ocioso impertinente, repetir que nuestras selvas vírgenes las pueblan miriadas de aves canoras de vistoso plumaje; que de altísimas montañas se despeñan bramando los torrentes, que sollozan al pasar las aguas de los ríos, y tantos y tantos otros lugares comunes, de los que no aciertan á prescindir aquellos á quienes seducen más las galas de la beldad que la luz de la inteligencia soberana que no presta á todos sus divinos resplandores. *Tabaré* es hermoso, mejor aún que por el ropaje espléndido con que se nos presenta, por la idea que lo informa; y es esencialmente americano, porque en él palpita, como dijimos ya, la propia vida que nosotros alentamos. *Tabaré* no es el indio que poblaba los valles americanos al pisarlos Colón por vez primera; *Tabaré*, dirémoslo apropiándonos la frase de Justo Sierra cuando hablaba de Morelos, es el mestizo, el hijo de dos razas altivas y valerosas á quienes el destino pusiera un día frente á frente para que tras rudo batallar se refundieran en una sola predestinada á asimilarse todas las grandes ideas, todos los grandes progresos que habían ido acumulando desde siglos atrás los pueblos del Viejo Mundo, y llamada á distinguirse por su amor á

la libertad, en sus manifestaciones más grandiosas y más heroicas.

Cuantos han escrito en loor del *Tabaré* han presentado muestras de las estrofas que juzgan culminantes; pero, á mi juicio, no es posible conseguir por medio de tales fragmentos dar perfecta idea del poema, toda vez que el conjunto es el que cautiva, más aún que los detalles. Quien pretende señalar los que encontró superiores tiene, á la postre, que confesar que experimenta la misma impresión que la de aquel que paseando á orillas del mar se propone recoger las conchas más brillantes y de formas más exquisitas: prefiere unas, ve después otras y olvida aquellas, y acaba por declarar que la selección es imposible, que el Sumo Hacedor grabó en todas su divino sello.

Tal es la obra del genio: resplandece donde quiera, porque iluminado él por la luz del cielo sorprende á la naturaleza en sus instantes más bellos, y reproduce sus magnificencias, ya que crear, en su genuina significación, es atributo exclusivo de Dios.

Cuando contemplamos una verdadera obra de arte, llámese poeta ó pintor el que la produjo, oúrresenos desde luego decir: "esto lo había visto ya, esto lo había sentido." Por mucho que parezca presuntuosa la exclamación, tiene un gran fondo de verdad. Lo que se necesita es complementar la frase declarando lealmente que no nos había sido dado revestir de forma la sensación experimentada, para transmitirla á otros. Esa es la facultad que los grandes artistas poseen, ese es el don celeste que les coloca por cima de los que ven y

sienten la belleza sin poder ir más allá. Y lo que pasa con respecto á lo objetivo, tiene lugar también si de lo subjetivo se trata. Así al leer á Shakespeare que es quien ha profundizado más la conciencia humana, quien más hondamente ha sentido las pasiones que la combaten, y subyugan, al leer á Shakespeare, digo, nos pasma que en sus obras tome hasta lo que es en sí vulgar, tan colosales proporciones. Así es, decimos, así ha sido y será el corazón humano, Shakespeare se ha inspirado en la naturaleza; las que creemos creaciones suyas no son sino reproducciones de lo real, de lo verdadero, de lo existente, de lo que todos los días y á todas horas podríamos mirar si poseyéramos las facultades del genio que todo lo penetra, que ve con claridad magnífica lo que para los demás está oculto en el misterio y en la sombra, y que no sólo lo ve sino que posee en su paleta las tintas que lo reproducirán con fidelidad pasmosa, produciendo, por la artística manera de presentado, el efecto mismo de una revelación tanto más sorprendente cuanto más inesperada.

Tabaré es una de esas obras que nos hacen pensar, que dejan una huella profunda en nuestro espíritu. Podremos llegar á olvidar sus detalles; podrá suceder que no quede grabada en nuestra memoria una sola de sus admirables estrofas, uno solo de los bellísimos pensamientos que al leer el poema nos cautivaron; pero jamás podremos desarraigar de nuestro pecho la melancólica historia de aquel amante infortunado en cuyo corazón se alzaron las olas tempestuosas de una pasión avasalladora en lucha formidable contra el destino; que

las candentes lágrimas que arranca un dolor supremo no solamente dejan imborrable surco en las mejillas de quien las vierte, sino que se graban por misterioso arcano en quien las ha visto correr amargas y silenciosas.

D. Juan Valera, el escritor académico citado tantas veces en esta obra, por ser de todos reconocida su competencia y porque ha dedicado largas páginas á la literatura hispano-americana, tiene por el poema de Zorrilla de San Martín gran predilección. En la imposibilidad de reproducir, *in extenso*, el juicio del Sr. Valera sobre *Tabaré*, voy á citar los pasajes que creo conducentes al propósito á que el presente capítulo se encamina.

“Empeñarse en buscar,—dice,—un sello especial y exclusivo que distinga una obra poética escrita en América, sería absurdo. Este sello, ó acude sin que le busquen, ó no acude. En esta ocasión ha acudido, y con omnimoda plenitud. Quiero significar que *Tabaré* parece inspirado por el medio ambiente, por la naturaleza magnífica de la América del Sud, y por sentimientos, pasiones y formas de pensar que no son sencillamente españoles, sino que á más de serlo, se combinan con el sentir, el discurrir y el imaginar del indio bravo, concebidos, no ya por mera observación externa, sino por atavismo del sentido íntimo, y controversión en su profundidad, donde quien sabe penetrar lo suficiente, ya descubre al ángel, aunque él esté empecatado, ya descubre á la alimaña montaraz, aunque él sea suave y culto. Ello es que en *Tabaré* se siente y se conoce que

los salvajes son de verdad, y no de convención y amañados y contrahechos, como, por ejemplo, en *Atala*.

“Prescindiendo de novelas como las de Cooper, y de descripciones en prosa, en libros científicos y en relaciones de viajes, yo creía que, en poesía versificada, concisa por fuerza y en que no caben menudencias analíticas, los brasileños tenían hasta ahora la primacía en sentir y en expresar la hermosura y la grandeza de las escenas naturales del Nuevo Mundo. Leído *Tabaré*, me parece que Juan Zorrilla compite con ellos y los vence.”

“Lo nuevo en Juan Zorrilla,—dice más adelante el Sr. Valera,—es que con ser su *Tabaré* una narración, en parte de ella, en la primera sobre todo, narra y casi no narra. Parece el poema bella serie de poesías líricas, en las cuales la acción se va desenvolviendo. Cuando los personajes hablan, queda en duda si son ellos los que hablan ó si habla el poeta, en cuyo espíritu se reflejan con nitidez los sentimientos y las ideas que tienen los personajes de modo confuso, como quien no vuelve sobre su espíritu y le examina y analiza.”

.....

“Como quiera que sea, pues no nos incumbe dilucidar la verdad científica del alma de *Tabaré*, el valor estético de la creación es grande, y el arte y el ingenio que se requieren para dar forma, vida y movimiento á esta creación, tienen que ser poco comunes. Juan Zorrilla posee este arte y este ingenio. Ni el poeta penetra en lo profundo del alma de *Tabaré*, y se pone á analizarla, como haría un novelista psicólogo; ni *Tabaré*

habla ni se explica á sí mismo, lo cual sería inverosímil. Y, no obstante, como un ensalmo, como un conjuro mágico, evoca el espíritu de *Tabaré*, y nos le deja ver claramente, en su vida interior, en el móvil oculto de sus acciones, en sus afectos, en su vago pensar y en su complicada naturaleza."

"La inspiración del poeta, lejos de amenguar, crece, según adelanta en su obra," agrega el crítico, y luego indica que la trascendencia y elevación de la leyenda merecen que de epopeya se la califique; que sin pretensión pedantesca, sino del modo propio de la poesía, hay y se agitan en el poema *Tabaré* grandes problemas de libre albedrío, predestinación, determinismo y vocación de las razas: psicología, teodicea y filosofía de la historia; y que al leer el poema se levanta el espíritu á esas altas especulaciones.

Valera termina su extenso juicio crítico del *Tabaré* con estas palabras: "Aplaudamos, pues, á Juan Zorrilla, sin el menor reparo, ya que ha sabido dar á luz tan amena leyenda ó poema, sin apartarse un ápice de la verdad, y siendo al mismo tiempo naturalista é idealista en su obra."

Las citas han sido bastante largas; mas no podía ser de otro modo, toda vez que con ellas he querido dar autoridad á las propias apreciaciones. Quien, como el autor de este libro, reconoce la insuficiencia de sus obras llevadas á término sin otra ambición que la de fomentar en la juventud el amor á ciertos estudios que los más abandonan por creerlos áridos,—necesita á cada paso apelar al testimonio de quienes por su criterio y

por su sabiduría son de todos respetados. Es más todavía. Con citas como las que abundan en estas páginas, se demuestra que el autor ha dado preferencia á aquellos poetas y escritores juzgados ya por críticos eminentes, en cuya opinión fundan la suya propia los que han menester oír la voz de un maestro para inspirarse en ella y aplaudir lo bello.

No trato de formar reputaciones, ni lo intentaría siendo como soy el primero en conocer la debilidad de mis fuerzas para tal empresa; quiero sólo dar á conocer en mi patria nombres que en otras regiones han resonado entre el aplauso justiciero de los que tuvieron antes que nosotros la suerte de rendirles homenajes.

Y,—oportunidad es de decirlo,—si en los estudios que forman este libro se descubre marcada tendencia á poner de resalto las bellezas, sin sujetar, las más de las veces, las obras sud-americanas á las leyes de la más severa crítica, es porque ni se considera el autor suficientemente apto para desempeñar así la tarea, ni ha pretendido dar carácter docente á estas páginas. Ambiciona despertar el gusto por una literatura hermana puede decirse de la nuestra, y nada más. En otros libros, debidos á ingenios superiores, puede encontrar quien los desee, extensos análisis de las obras mencionadas en la presente.

Pero es preciso volver á Juan Zorrilla de San Martín.

En el Parlamento y en la prensa de su patria ha conquistado triunfos que si, en verdad, no pueden equipararse á sus glorias poéticas, no son indignos de recor-

dación en este lugar. Y como que es joven todavía, tiene ante sus ojos un porvenir brillante.

Cierto es que quien en sus mocedades ha logrado llegar con firme planta á la cumbre en que hoy se encuentra, queda por esa misma causa constreñido á romper su lira antes que arrancar de ella notas que no puedan alcanzar la resonancia de las de la *Leyenda Patria* y del *Tabaré*; pero ¿á qué abrigar temores? Zorrilla de San Martín, hijo mimado de la inspiración, está llamado á iluminar con los resplandores de su gloria el suelo uruguayo que hónrase en proclamarle hijo suyo, y esos resplandores, salvando la distancia, llegarán hasta nosotros que nos complaceremos en enviarle desde aquí nuestros himnos de alabanza, tanto más fervorosos cuanto que irán dirigidos á una gloria hispano-americana.



RAFAEL OBLIGADO.

QUIERO hablaros hoy de Rafael Obligado, y vacilo, más que nunca, al dar principio á la labor; pues pienso, cuando estudio sus poesías, que para dar idea de sus bellezas es necesario mojar la pluma en jugo de rosas y escribir sobre blancas azucenas; porque los cantos del egregio argentino tienen, por su casta inspiración, la blancura de esos celajes que vagan en el firmamento azul semejando copos de nieve ó argentada espuma.

Armonía celeste, blando rumor de un río que se des-